

## MUJER: CUERPO Y PSICOLOGÍA

**Alejandra Carrasco**

Hay quienes hoy culpan a la maternidad, directa o indirectamente, por la discriminación histórica que ha sufrido la mujer. Para poner fin a esta injusticia, en consecuencia, intentan disociar el hecho de ser madre de la femineidad. La autora se opone a esta tesis, argumentando que existe una identidad esencial entre la condición de mujer y de madre.

El útero —se afirma aquí— sería la pieza clave para comprender las profundas diferencias entre los sexos, porque es el reflejo o la expresión corpórea de un “modo de vivir la intimidad” que informa radicalmente la psicología femenina. De acuerdo a esta analogía, la intimidad de la mujer aparecería como más “amplia” y “permeable”, con lo que se explicarían características que habitualmente se atribuyen a la personalidad masculina —“los hombres son más fríos, racionales y objetivos”—, y a la femenina —“las mujeres son más sentimentales y más vulnerables”—.

¿Los hombres vemos porque tenemos ojos, o tenemos ojos porque vemos? La pregunta que reaparece periódicamente en la historia de la filosofía termina siempre con una respuesta unánime: tenemos ojos porque vemos. Exactamente la misma pregunta puede hacerse respecto a la

---

ALEJANDRA CARRASCO. Periodista, Universidad Católica. Diplomada en Filosofía, Universidad de los Andes. Profesora en la Escuela de Periodismo, Universidad de los Andes.

mujer y la maternidad. ¿Es madre una mujer porque tiene útero, o tiene útero porque es madre? Ni siquiera los materialistas más radicales defienden la primera alternativa, que es visiblemente insostenible. Más bien, tenderían a decir que la relación entre el útero y la maternidad es accidental y contingente, espúrea. Esa mujer tiene útero, esa mujer es madre, esa mujer se come las uñas y tiene un Fiat rojo: y todas esas cosas podrían no ser, y nada variaría respecto a esa mujer.

La segunda alternativa, “tiene útero porque es madre”, relaciona intrínsecamente dos aspectos diversos de su ser. El cuerpo de la mujer se hace expresión física de algo no físico que la mujer también es, como los ojos expresan y posibilitan la visión, o la multifuncionalidad de las manos —en el ejemplo de Aristóteles— la universalidad de la razón. Siguiendo esta misma línea argumentativa, el filósofo español Leonardo Polo afirma la correspondencia que hay entre la necesidad de habla en los seres humanos (necesidad de expresar físicamente el lenguaje, porque como somos seres corpóreo-espirituales no nos basta tener razón sino que debemos expresarla sensiblemente, ya que nuestro conocimiento y nuestros actos de comunicación parten por los sentidos), y la infinita cantidad de fonemas articulables por la forma, ubicación y movimientos de nuestra lengua, paladar, dientes y labios. El lenguaje —señala acertadamente Polo— hace que los hombres tengamos boca y no hocico.

No tiene sentido, entonces, pensar en el cuerpo como casual y arbitrario. No tiene sentido pensarlo como algo ajeno y extraño que nos ha sido impuesto, y que limita nuestra realización personal. Antes bien, el cuerpo es la posibilidad misma de esa realización y signo inequívoco —en consecuencia— de qué somos (nuestra esencia) y de qué camino debe seguir esa realización para cumplirse. En palabras simples: tengo ojos porque veo (ver es primero que tener ojos); pero sin ojos no podría ver; y ni siquiera sabría que en tanto ser humano, a mí me correspondería ver.

### **Útero: Significado biológico y extrabiológico**

Entonces la mujer tiene útero y eso no es trivial. Tiene útero porque es madre, y es madre aunque biológicamente no lo sea (de hecho, es madre incluso en el caso de que por defecto ni siquiera tenga útero). Es decir, las características biológicas no pueden ser sólo biológicas, no se agotan en lo orgánico, porque si defendemos la unidad de la persona o el “sentido extrafísico” de su cuerpo como tal (ojos/visión, manos/razón, etc.), no sería

consistente reducir la relación útero/maternidad a un período, ahora sí contingente, de la vida de la mujer.

La tesis que se aventura es que el útero es la pieza clave para comprender una diferencia psicológica fundamental entre el hombre y la mujer, que es su modo de vivir la intimidad y de referirse al otro.

En general, y la experiencia ordinaria lo confirma, hombres y mujeres tienen distintas visiones de los actos que consideran “íntimos”. Ir al baño, por ejemplo, no es algo “íntimo” para el hombre, por lo que puede estar en él junto a cualquier persona, y no tendrá mayor importancia. Hasta la calle, lugar público por excelencia, podría llegar a constituir un lugar apropiado si no hay otra alternativa, y no sea un gran inhibidor. Para la mujer, esto es impensable. Algo análogo sucede con el dormir. Un hombre, si está cansado, dormirá en una estación de ferrocarril, en el rincón de una sala de espera o en cualquier parte. La mujer también dormirá, sin duda, pero no con igual despreocupación absoluta de los eventuales ruidos que pueda realizar sin conciencia, saliva que pueda caer de su boca o cualquier otro incidente que para ella no es tan “superficial”. Al contrario: sería exponer su intimidad.

De todo esto, ejemplos hechos intrascendentes, pero que todos reconocemos como verdaderos, se evidencia que los “ámbitos” de intimidad del hombre y la mujer son distintos. La femenina sería, aparentemente, más amplia. Hay más cosas que caben en su intimidad; hay más situaciones, más formas, más relaciones que para la mujer son propiamente íntimas. Y entonces, resulta totalmente lógico que el pudor —ese muro con el que protegemos nuestra intimidad— resalte habitualmente como virtud femenina (sin ser sólo de ella, bien entendido).

Pero ésta no es la única diferencia manifiesta entre la intimidad del hombre y la mujer. Una segunda es la facilidad y necesidad de compartirla, o de abrirla y acoger a otros en ella. La mujer tiende irresistiblemente a compartir su intimidad con otros, a recibir en su intimidad a otros, dejar que se instalen en ella, acoger. Su ámbito propio es más poroso, más permeable que el del hombre. Todo queda más claro con un ejemplo: es inconcebible una adolescente que pase toda su escolaridad sin una mejor amiga a la que le pueda “contar sus problemas”, como lo es una que no tienda fuertemente a “oír” a sus amigas y querer ayudarlas. Por el otro lado, no sólo es pensable, sino que incluso habitual, que los hombres se pasen toda su juventud sin “contar a nadie sus problemas”, siendo sin embargo sumamente amistosos, y estando siempre rodeados de compañeros con los que juegan, estudian, ríen y conversan. Asimismo, aunque los hombres oigan los problemas de sus amigos, éstos rara vez pasan a ser *sus* problemas, como sucede en las mujeres.

Aunque las dos diferencias anotadas son intuiciones bastantes gruesas —y por lo mismo accesibles a cualquier observador—, con ellas se pueden explicar las características que el sentido común acostumbra atribuir a hombres y mujeres. Los hombres, por ejemplo, “son más introvertidos” (más reservados en lo suyo, una intimidad menos porosa), “se involucran menos” (incorporan menos cosas a su intimidad), “más fríos y racionales, más objetivos” (como su intimidad es menos amplia, tratan más con objetos que quedan fuera de ella, y ésta es la manera habitual de comportarse con lo que no es íntimo). Por el contrario, las mujeres son “más sentimentales”, “más suaves y dulces” (es el trato con las cosas íntimas, “hablan más” (comparten su intimidad) y son “más vulnerables” (porque interiorizan, hacen propio lo que reciben. Y esto mismo, paradójicamente, hace que sean más fuertes frente al dolor, ya que lo asumen con mayor facilidad. El hombre, en cambio, primero arranca).

¿Y cuál es la relación de todo esto con el útero? Pues que el útero es ciertamente algo “íntimo”, algo propio, suyo, de cada mujer, pero con una peculiaridad: está ordenado a otro. Su razón de ser es posibilitar que otra persona irrumpa, se imponga, se instale en la intimidad de la mujer. Es permeable, se abre a algo extraño como es un óvulo fecundado. Y no sólo se abre a él, sino que toda su actividad —su razón de ser— consiste en acoger a este “otro”. El útero es la instancia por la que la intimidad de la mujer no es igual a la del hombre, sino más amplia y porosa, compartible. El útero, entonces, que está en la mujer desde que existe, marca la diferencia entre las intimidades de los dos sexos. Es un signo de una realidad extrabiológica (como ponerse rojo simboliza en el cuerpo la vergüenza), pero es también, al mismo tiempo, condición de posibilidad de esa otra realidad más profunda, que da forma a lo que corporal, psicológica y espiritualmente implica ser mujer. En otras palabras, para hablar con más propiedad, las diferencias psicológicas y formas de percibir la vida entre hombre y mujer están dadas por la maternidad, sea ésta biológica o no, que es esencial a la mujer.

### **Defensa de ser mujer**

Hay en la actualidad ciertos grupos que han intentado disociar la maternidad de la femineidad, pues piensan que la discriminación cultural, laboral y económica que ha sufrido la mujer a través de la historia se debe al hecho de ser madre. Dicen, en síntesis, que la mujer carga injustamente con la maternidad, pero que entre ambas no hay ninguna relación esencial. Que

la mujer accidentalmente es a veces también madre, pero que eso no la constituye como mujer: entonces será mujer madre, como mujer y amiga o mujer y bombero.

Lo que se ha tratado de sostener en estas líneas es exactamente lo contrario. La maternidad (no necesariamente física) sí constituye a la mujer como mujer, no es un añadido, un “y además también puede ser”, sino que es su esencia, que la marca y la informa en todo su ser. La psicología y el cuerpo son tal vez los ámbitos más exteriores, pero por lo mismo también más accesibles a nuestro conocimiento, que corroboran la tesis expuesta.

Ahora bien, si se admite esta identidad material entre madre y mujer, ¿es ésta una carga injusta para las mujeres?; ¿hay acaso una mala jugada de la naturaleza, la que se debe tratar de compensar? Ser madre implicará siempre un tener que sustraerse parcialmente de otras actividades y dedicarse a sus hijos en cierta etapa de su vida. ¿Es esto una esclavitud?

La pregunta central, en consecuencia, sería hasta qué punto la maternidad implica una pérdida para la madre. Hasta qué punto ser madre limita la posibilidad de autorrealización de una mujer o, dada la identificación esencial establecida más arriba, *hasta qué punto ser madre limita la posibilidad de autorrealización de una madre*. Esta pregunta no amerita respuesta.

¿Soy esclava de mi boca porque hablo? Y si me rebelara contra mi boca, igualmente pensaría. Asimismo, una mujer que niega su maternidad, no deja de ser madre, aunque si deja de ser feliz porque no está viviendo como lo que es.

Además, darse al hijo, sacrificarse por el hijo, por ese “otro yo” de la propia intimidad, no aliena: es darse a uno mismo (y más que a uno mismo, porque es a otro en uno). Por eso es que no son las mujeres “oprimidas bajo el yugo de la maternidad” las que alzan su voz para rebelarse contra esta arbitrariedad de la naturaleza. Ellas no quieren romper la identidad mujer-madre para superar las discriminaciones culturales injustas contra la mujer, porque comprenden que en su ser madre radica su mayor dignidad y autorrealización.

Las que se sienten esclavizadas por su naturaleza, en cambio, y se han rebelado contra su maternidad intrínseca para acceder a una igualdad artificiosa, son las que, debido a un mal diagnóstico —“la discriminación de la mujer se debe a su maternidad”— y una buena cuota de egoísmo —“darse al hijo es darse a otro y perderse a sí misma”—, ponen en jaque el reconocimiento social a la dignidad de la mujer. □